

Capítulo 13 - Luces pálidas

- [Capítulo 13 - Luces pálidas](#)

Capítulo 13 - Luces pálidas

Se asemejaban a vides espectrales, tenues volutas de humo que extendían manos hambrientas.

Song podía ver cómo se arrastraban por el suelo de damasco agrietado y crujiente del vestíbulo. La presencia del dios estaba por todas partes, manos ciegas que jalaban y estrujaban el interior de Scholomance como un niño jugando, moviendo esto y aquello con ansia de destrozarlo todo en algo que clamara por ayuda. Mano en el cincel, se recordó a sí misma. El miedo no le serviría de nada en este lugar. El miedo nunca ayuda en ningún sitio.

Clavadas en el suelo estaban espinas de metal, cada una atada con una cinta de color, y cuatro caminos se desplegaban más profundos en la escuela. Dos a través del gran salón cuya vasta extensión apenas lograba vislumbrar a lo lejos, uno subiendo por unas escaleras a la derecha y el sendero prometido con cinta amarilla que se dirigía a la izquierda. Faroles colgaban del techo, piezas intrincadas de plata y oro, y la luz que emitían provenía de flores del mismo tono, que brillaban con suavidad.

—No toques esos faroles — advirtió Maryam. —Esas flores en su interior son fresfloren, luz transformada en metal.

—¿Peligroso? — preguntó Song.

—Comer un pétalo convertiría tus entrañas en un lodazal de sangre — dijo ella. —No sé qué pasaría solo con tocarlos, pero...

—Lo mejor será no arriesgarse — concluyó Abrascal. —Te entiendo.

—Son bastante hermosos, para ser tan mortales — reflexionó Angharad.

Song pudo oír el acercamiento de otra cabal y no tenía intención de demorarse allí, así que tomó la delantera y dejó que las otras siguieran tras ella. A excepción de las espinas y los faroles, el pasillo que atravesaron no difería mucho de cualquier otro. La mampostería era delicada y la piedra gris pálido de excelente calidad, pero aparte de eso, Scholomance no parecía muy distinta de cualquier otra gran construcción.

Si se podía ignorar las enredaderas de humo que lentamente los seguían, la atención del dios que los perseguía, Song se obligó a no mirar esa maraña. Tampoco la diosa vestida de rojo junto a Abrascal, que fingía saltar y contemplar las vistas en un juego retorcido. Ella seguía hablando y señalando, sin duda llenando los oídos del ladrón con secretos peligrosos.

Que aún no fuera un Santo era casi tan aterrador como si lo hubiera sido.

La Decimotercera pasó varias puertas cerradas y un largo panel de vidrio transparente y adornado que parecía mostrar una cripta intrincada, cuyos ataúdes estaban decorados con figuras torturadas y engastadas en joyas, y dos escaleras que conducían a la planta superior. Fue justo después de ellas cuando hallaron lo que debía ser la sala de conferencias del oeste, pues la última espina con cinta emergió a unos pocos metros de unas puertas de madera abiertas de par en par. Song fue la primera en cruzar, dejando atrás la luz dorada para entrar en el resplandor más claro del interior.

La sala de conferencias era grande y de forma mayormente circular, aunque eso no era lo que captaba la atención: parecía no tener techo.

Columnas altas y curvadas de mármol formaban un recorte del firmamento, como costillas delgadas de conejo, pero Song sabía que eso no podía ser cierto. Había un segundo piso arriba, habían pasado por las escaleras que conducían allí en el camino, y además, sobre esa altura, había un techo. La bóveda de luz que ella contemplaba debía ser una ilusión, lo cual era igualmente imposible por la sencilla razón de que la veía en primer lugar.

Song Ren percibió la verdad de las cosas. Eso, y solo eso, podía ella considerarlo el cimiento de quién era.

Por lo tanto, el cielo que ella observaba, esa vasta extensión oscura atravesada por las luces del Gran Orrery, debía ser a la vez imposible y verdadera. Ella desentrañó esa contradicción como si fuera un acertijo, concluyendo lo siguiente: primero, efectivamente estaba mirando el cielo sobre Scholomance. Segundo, no podía ser posible que ello fuera el techo de la habitación en la que se encontraba, y en efecto, no lo era. El profesor Tenoch había mencionado varias veces que la escuela se desplazaba, así que Song solo estaba mirando un techo de Scholomance, no el original de esta sala.

El dios de este lugar había decidido que ese vacío yermo por encima sería el techo de su primera lección.

Satisfecha de haber resuelto ese asunto dentro de los límites de su comprensión, la Tianxi permitió que su mirada se desplazara más allá del vasto cielo. Tres cuartas partes del salón estaban llenas de larguísima pupitres en plataformas descendentes, cada uno apto para cuatro estudiantes, con sillas a juego, mientras la última cuarta parte contenía únicamente el escritorio del profesor y una gran pizarra de escribir apoyada en un caballete de madera. A simple vista, había treinta pupitres, más de los necesarios para el número de estudiantes, y no había señales del profesor que iba a impartir la clase.

Habían escogido su lugar en la sala, ya que su banda había llegado con suficiente antelación, solo tres otros grupos los habían precedido. La Decimotercera recibió algunas miradas curiosas, pero ninguno parecía inclinado a entablar conversación. Song contó catorce estudiantes, cinco de ellos contratistas. Sugirió que tomaran un pupitre en la esquina derecha, cerca del centro de las filas, y en su mayor parte fue aceptada; Angharad intentó argumentar por la parte del frente, pero los demás se mostraron indiferentes ante la idea.

Aprovechando el movimiento de su banda para ocultarlo, Song observó un poco más de cerca los contratos presentes, captando vislumbres de las letras doradas que se desplegaban sobre sus

cabezas. Dos en Antigua, dos en Umoya y uno en Omeyetl — la lengua azteca con la que ella menos familiarizada. Descartó inmediatamente ese último, y su Antigua era mejor que su Umoya, así que descartó también esos. De los otros dos, pudo leer alguna mención de... pasos sobre el agua, ¿o quizás caminar sobre ella? El otro trataba sobre la memoria, de algún modo, pero no pudo mirar más sin correr el riesgo de ser descubierta.

Se deslizó hacia un asiento en el borde izquierdo de la mesa, junto a Angharad.

“Hay un agujero para espiar en la puerta,” comentó Tristan.

La mirada de Song siguió el rumbo de la suya, encontrando una puerta de madera gruesa opuesta a la que habían usado para entrar en la sala. La madera tenía algunos relieves decorativos de bronce, ya viejos y verdosos, y en su interior, hábilmente escondido, ella captó el destello de luz que reflejaba un vidrio.

“Es probable que el profesor nos esté observando a través de ese agujero,” dijo. “Lo mejor será comportarnos en consecuencia.”

Las sillas no eran particularmente cómodas, la madera le clavaba en la espalda, pero no era un mal incómodo; al menos, serviría para mantenerse despierta si se cansaba. Song empezó a organizarse, preparando una pila de papeles junto con una caña y un tintero. No habían dado instrucciones al respecto, pero era prudente estar preparada. Cuando terminó, ya había comenzado la charla en el salón, una gran ola de estudiantes que llegaban todos de golpe, y entre ellos algunos rostros que no le eran familiares, pero que reconocía por las descripciones.

“Haz espacio para dibujar,” le indicó a Angharad, y luego miró a los demás. “Prepárense.”

El capitán no buscaba a ninguno en particular ni a nadie en especial, pero con tan pocos sentados, solo era cuestión de tiempo antes de que— Captain Tengfei Pan de la Cuadragésima Novena Brigada, cuya necedad hacía perder el rostro hermoso y el nudo Sanxing de vista, soltó un gruñido al ver a la Decimotercera sentada. O, más exactamente, al ver a Tristan Abrascal en el otro extremo de la mesa.

—Tú—, bramó el hombre.

—¿Yo? —preguntó Abrascal, con aire atónito.

Song no necesitó mirar para saber que Abrascal esbozaba una sonrisa angelical. La radiaba de igual manera que el calor en una habitación fría. Cinco cabalistas, notó ella, dos con contratos, ambos con hombres de Tianxi. El bajito y regordete con el nudo cubierto fue identificado como Huang Pan por su contrato. ¿Un pariente del capitán, o simplemente del mismo región?

El otro, que Abrascal había señalado como un Skiritai, se llamaba Muchen He. El texto de su contrato era breve, lo cual Song había aprendido a interpretar como que su efectividad era significativamente superior o inferior a la media. Tener un contrato con términos laxos significaba que recibías lo que tu dios sentía dispuesto a darte, variando mucho según la relación.

El capitán Tengfei se acercó con rabia, seguido por su cabal.

Song dedicó un suspiro a considerar a las dos mujeres que había pasado por alto: la muchacha de Lierganen llamada Ramona — Abrascal había deducido que quería reemplazar al capitán, un compañero de Stripe — y la niña malani sin nombre, que parecía notablemente capaz de caminar después de haber quedado discapacitada apenas dos días atrás. Los ojos oscuros de esa chica se desviaban constantemente hacia Abrascal, luchando entre el miedo y el odio. Alguien había dejado huella en ella.

—Eres un sucio tramposo —gruñó el capitán Tengfei—. Nos has robado.

El contrato de Song había teñido sus ojos de plata, pero en realidad no los usaba para trabajar. Aunque solo funcionaba con lo que sus ojos 'veían', era un límite conceptual y no físico. La primera pista que tuvo de esto siendo niña fue que los ojos humanos solo podían captar tantos detalles a la vez, mientras que ella no tenía esa limitación. Así que Song inhaló y parpadeó una vez, con pereza.

Luego absorbió a las cinco personas ante ella como si fuera una pintura creada en un instante.

Ramona, de cabello claro y con cicatrices en la nariz, se inclinaba, pero su mirada estaba en Tengfei y no en la Tercera. Esperaba una oportunidad para intervenir, para corregirlo. Los ojos de Muchen se habían desviado ligeramente más allá de Song, a la altura en que debería estar la espada envainada de Angharad. No había cautela en su mirada oscura, ni siquiera un tímido movimiento. No vacilaría en una pelea. Huang Pan ya se alejaba, como una tortuga tratando de esconderse en su caparazón, y se recostaba hacia atrás. ¿La malani? Se inclinaba hacia adelante, con las manos cerca de un cuchillo.

Ella quería una pelea, hacer que Tristan sangrara como ella lo había hecho con ella. Encenderla sería trivial.

De pie frente a todos, el capitán Tengfei Pan no solo estaba enojado, sino que su enojo era tal que, en su prisa por imponerse, había empujado la mesa entre ambos — la más furiosa, decidió ella, aunque no preparada para pelear. Actuaba por sentimientos, no con un plan.

Song exhaló, sonrió y desconectó completamente del otro capitán. Acarició la mirada de Ramona y levantó una ceja.

—¿Permites que tu hombre hable en tu lugar, capitán?

Un placer frío y de diversión se deslizó en esa mirada azul.

—Aún se quiere creer capitán, ya sabes —respondió Ramona.

Otro parpadeo. Tengfei se retiró medio paso, sin estar preparado para que un aliado supuesto lo flanquease. Los ojos de Muchen se apartaron de Angharad, preocupado más por esa situación que por la Drawk Mered. Lo cual significaba que su juicio era torpe o que las disputas internas eran una verdadera opción.

—Yo soy el capitán de esta brigada —dijo Tengfei con dureza.

Song fingió sorprenderse.

¿Incluso después de esa emboscada fallida y de permitir que te robaran? —preguntó ella—. Sin duda, su liderazgo debe destacarse.

Ella ladeó la cabeza ligeramente.

—A menos que te haya compensado por causar la pérdida de fondos.

Ramona soltó una risa cruel.

—Eso sería algo, ¿verdad? ¿Vas a hacer eso, Teng?

—Ahora no es el momento —intervino Muchen con tono plano—.

Otro parpadeo. El Lierganen se estaba girando para enfrentar al más alto de los tres Tianxi, y por lejos, el más musculoso. Con recelo, probablemente dispuesto a doblarse si se le presionaba. Si Muchen y Tengfei lograban reconducir a Ramona, esto volvería a la trayectoria original. Entonces, una distracción. Existe un punto de presión evidente, y encajaría con una debilidad anterior.

Song sonrió a la aún sin nombre Malani, que apenas había mirado a sus compañeros mientras discutían.

—¿Qué tal está tu pierna, de todos modos? —preguntó—. Escuché que Lady Knot hace buen trabajo, pero seguramente una discapacidad no se obtiene sin pagar un alto precio.

El rostro de la Malani se torció y asió la pequeña espada a su lado.

—¡Maldita perra orgullosa! —susurró—. Crees que solo porque estamos dentro de la Scholomance no voy a-

Y ahora...

—Fara —dijo abruptamente el Capitán Tengfei—. No hagas eso —.

Había venido a pelear, pero no estaba preparado para ello; por eso, reaccionaría retrocediendo instintivamente, cuando el combate se iniciara en los términos del otro. 'Fara' le lanzó una mirada de fiera, y así, el grupo dejó de estar dividido entre Ramona y su oposición, formando ahora dos facciones en pugna. Tengfei Pan debía decidir. ¿Volver inmediatamente y forzar un enfrentamiento, con Song lista para dispararle en el estómago al primer signo de violencia? ¿O aceptar que era demasiado arriesgado atacar cuando su casa estaba desordenada, tragar la humillación y retirarse por ahora?

Song percibió la duda en sus ojos, como una vacilación que solo agravaba su reputación ante su grupo. Una mala decisión, tomada con rapidez, es mejor que la mejor decisión, pero demasiado

tarde.

—Tengfei —dijo Huang con nerviosismo—. Estamos en un salón de conferencias, no deberíamos causar problemas.

Y eso pareció sellar la decisión, notó Song. El Capitán Tengfei mofó, enderezó la espalda y tomó la excusa que tal vez un familiar suyo había proporcionado.

—Esto todavía no termina —dijo Tengfei Pan—. Cuenta... —.

Venía desde un ángulo muerto. Por eso, Song no vio la pistola apuntada a la cabeza del capitán hasta el último momento — cuando un dedo apretó el gatillo, y el disparo explotó en una nube de humo. La sorpresa total nubló su mente por un instante, pero no se quedó ciega.

Eso fue demasiado poco humo.

Un latido más tarde, Tengfei Pan reculó tosiendo, con un costado cubierto de hollín, mientras su grupo desenfundaba espadas y pistolas — incluso Huang, tembloroso. El hombre que acababa de disparar en vacío, con pólvora insuficiente, al capitán del Cuarenta y Nueve simplemente bajó la pistola y cruzó los brazos.

—Váyanse —dijo Tupoc Xical—. Me están aburriendo. Si quieren mantener las expectativas, al menos hieran a alguien antes de irse de puntillas. Esto es solo vergonzoso.

—No sé quién eres —dijo el Capitán Tengfei—, pero si crees que puedes—

—Ya lo hice —repuso el Izcalli, mostrando sus dientes perfectos—. Pelea o huye, Cuarenta y Nueve. Ya has soltado suficiente humo por hoy.

Tengfei lanzó una mirada rápida hacia ellos, su cuerpo tenso como un resorte. Sabía, al igual que Song, que casi toda la clase estaba ahora presente y los observaba, algunos con armas en mano por el alboroto, pero la mayoría como buitres esperando una carcajada. Si se rendía ahora, su reputación estaría destruida. Pero si no lo hacía...

Song depositó con calma su pistola sobre la mesa, mientras la mandíbula del otro Tianxi se cerraba con tensión. Sí, si luchaban ahora, estarían arriesgándose a enfrentarse a dos cárteles simultáneamente. El daño sería más que reputacional; Tupoc utilizaba en ese momento a los Cuarenta-Nueve como escalón para elevar la fama de su Cuarta, por lo que el Azteca seguramente les haría sangrar un poco para dejar su marca. Y mientras Tengfei Pan seguía vacilando, la sentencia de muerte de su autoridad se manifestó cuando Muchen dio un paso adelante.

— Hemos terminado aquí — afirmó el hombre de ojos oscuros con firmeza—. Este no es el momento ni el lugar.

Song sospechaba que en la próxima reunión con los Cuarenta-Nueve, ella sería la que se sentara frente al capitán Ramona.

— Está bien — dijo el capitán Tengfei, adoptando una mueca de medio escepticismo—. Vamos, el aire aquí está enrarecido.

Y mientras él se alejaba enojado, seguido por su cártel en pequeños pasos y susurros que florecían en toda la sala del anfiteatro, la situación que le quedaba —o no— claro que mejoraba, dejaba a Song con una sensación de incertidumbre.

— Amigos míos — sonrió el capitán Tupoc Xical—. ¡Qué placer inmenso volver a veros!

Su cártel le seguía, aunque se habían mantenido a distancia de la confrontación y aún conservaban esa reserva. La mirada de Song recorrió rápidamente a cada uno para asegurarse de que ninguno tenía un contrato, y luego fijó la atención en el propio Izcalli. El bastardo no había cambiado ni un ápice desde el dominio. Con una simetría inquietante y ojos pálidos, el demasiado perfecto Azteca no mostraba ningún indicio de haber tenido un ojo arrancado por Zenzele.

No fue sorprendente. Un único término en Centzon — yekayotl — impedía que Song comprendiera en toda su magnitud el contrato de Tupoc, pero sabía que alcanzaba su máxima fuerza con el tiempo. Lo que despertaba mayor interés era saber qué había hecho alguien de un linaje modesto para atraer la atención de la Grave-Dada, uno de los dioses más famosos de Izcalli.

— La insinuación de que somos aliados es la más ofensiva que he escuchado en mucho tiempo — replicó Song tras una breve pausa.

— Podría intentarlo si quieres, — respondió con amabilidad—. A ver si puedo vencer esa impresión.

Detrás de Song, los susurros florecieron nuevamente.

— La agrupación de cien en cien es igual para todas las clases generales, ¿verdad? — preguntó Abrascal.

— Creo que sí — respondió Maryam con tono severo.

— Suspiro — dijo el ladrón, esforzándose por pronunciar la palabra en lugar de suspirar.

Por odioso que fuera Abrascal, tenía razón: no era agradable saber que tendrían que permanecer en la misma sala con Tupoc Xical cinco medias jornadas a la semana. Tal castigo debería ser una consecuencia de un delito, al menos. Cuando la atención de Song volvió por completo a la puerta del lobo, Tupoc había acortado la distancia con su cártel y comenzado a presentarlos. Él pretendía que entre nuestras brigadas había vínculos — se dio cuenta Song. Los ojos de la mayoría en la habitación aún estaban en ellos.

— Alejandra Torrero, mi segunda — dijo Tupoc—. El resto, en sucesión—

La vista de Song se deslizó sobre la pequeña, ceñuda y de cabello oscuro, Lierganen, solo una señal, según Abrascal, y luego se posó en los demás.

— Cebo.

Un nervioso Someshwari, con gafas y expresión tensa. Tenía el cuerpo de un luchador, notó Song, pero no se mostraba con esa actitud. No era un pensamiento amable, pero Bait parecía un hombre con toda la voluntad de una rebanada de pan empapada. No es de extrañar que Abrascal lo hubiese aplastado en minutos.

— Desechable.

Un triste muchacho malani con ojos de un amarillo intenso que le darían un aspecto feroz y lobo, si no fuera por la forma en que seguía mirando al suelo. Contratista.

“Últimas y menos, Pérdidas aceptables.”

Una joven Tianxi con un rostro severamente cicatrizado — toda la mitad izquierda quemada, ese ojo lechoso. Soltó una risita ante la introducción, mostrando dientes torcidos. Song arqueó una ceja mirándola.

“Mis condolencias por tu cábala,” dijo en cañaya.

La joven resopló en respuesta.

“¿Lástima de una Ren?” replicó, escupiendo al suelo. “Esto por aquello.”

Song dejó que el insulto pasara de largo. Había oído peores de compatriotas y sin que le empujaran demasiado. Desafortunadamente, había olvidado que no todos sus cabalistas eran tan mesurados.

“Tus modales,” dijo fríamente Angharad Tredegar, “dejan mucho que desear.”

Song sólo la miró por encima del hombro, pero fue suficiente para notar que la Pereduri tenía esa expresión de duelo en los ojos. No podemos involucrarnos en dos peleas tan rápidamente, pensó Song. Nos convertiríamos en parias, sería demasiado problemático relacionarse con ellos. Eso quizás era justo lo que Tupoc buscaba, en realidad. Por mucho que ostentara confianza, el hombre era bastante astuto.

“Vamos, Lady Angharad,” regañó Tupoc, “no te pongas a fulminar a las Pérdidas aceptables. La quiero como a mi propia hija, hasta que llegue un momento en que eso me resulte moderately inconveniente.”

Y ahora Song debía detener esa intención antes de que la noblewoman se dejara llevar por su ritmo y todos termináramos bailando en la palma de la mano de Izcalli. Ataque, réplica.

“Existen maneras mejores de solicitar una audiencia, Capitán Tupoc,” dijo Song elevando la voz lo suficiente como para que las mesas cercanas pudieran oírla. “A pesar de tu comportamiento temerario en el Dominio, te habríamos escuchado por viejos tiempos.”

Un brillo endurecido cruzó los ojos de Tupoc al deslizarse de Angharad y dirigirse a ella. No será tan fácil quemar todos nuestros puentes y obligarnos a negociar contigo por una alianza, pensó Xical. Esto no es el Dominio y aunque Tupoc no es un pez menor, el estanque ha crecido

considerablemente. El otro capitán abrió la boca, pero su respuesta fue silenciada por el sonido de una puerta siendo abierta.

El salón quedó en silencio en un instante, un Tupoc reticente guiando a su cábala hacia la mesa tras la del Decimotercero — desafortunada —, mientras la mujer que probablemente sería su profesora cruzaba la puerta tras su espalda y pasaba junto a su escritorio.

Era Someshwari, en sus treinta y pocos años y excepcionalmente alta. Cerca de seis pies, para que se tenga una idea, pensó Song. Derecho y bronceada, la vigilante vestía el uniforme de combate, y eso no parecía una simple pose: en la mejilla derecha de la profesora había un hueco que debía ser una cicatriz de haber sido herida por una bala, levantando ligeramente el labio. Su cabello oscuro llevaba una trenza en forma de corona, y portaba una pistola a la cadera, con pendientes de aro dorados y elegantes, el único toque de coquetería.

Sus ojos negros y tranquilos recorrieron la sala, encontrando a los estudiantes sentados y en silencio, y asintió complacida.

“Me llamo Kavita Iyengar,” dijo, sin acento de Antigua. “Mientras enseñe en Scholomance, pueden referirse a mí como Profesora Iyengar o señora.”

Girándose, tomó un trozo de tiza de su mesa y se acercó a la pizarra de escritura en el caballete.

“Primero, permítanme hablar claramente: no existe tal cosa como un campo de estudios denominado ‘Mandato’,” afirmó la profesora Iyengar, escribiendo la palabra en la pizarra. “Es simplemente una forma útil de nombrar lo que aquí se les enseñará, que no es un cuerpo de conocimientos coherente.”

Ella los miró con firmeza, la cicatriz en su mejilla levantando la esquina de su labio en una expresión casi de sonrisa irónica.

“Esta clase no es simplemente una introducción al funcionamiento de la Guardia, sino un estudio de qué es la Guardia y qué propósitos cumple en Vesper,” afirmó. “Incluirá historia, política, leyes y comercio, además de la memorización mecánica. En esta última, serán evaluados cada dos meses mediante tareas específicas.”

La voz de la profesora sonaba tan severa como su semblante, pensó Song. A menos que estuviera equivocado, parecía entrenada, y ella misma había sido cultivada en el arte de la oratoria. Esa actitud era demasiado marcial para que fuera Arthashastra, por lo que la conjetura más probable era que fuera de la Academia.

“Dado que muchos de ustedes tendrán vínculos con la Guardia, puede que cuestionen cuáles son mis cualificaciones para enseñarlos en este aspecto,” dijo la profesora Iyengar.

En la sala no se percibía indicio alguno de esa duda. La profesora no era alguien cuyo semblante invitara a contradecirla.

“Hasta hace tres meses, fui vicealmirante de la segunda escuadrilla de la flota oriental de la Guarnición,” añadió Iyengar, y eso provocó algunas exclamaciones de sorpresa.

Desde el otro extremo del salón, alguien exclamó ‘Tigres de Hierro’, lo que provocó aún más asombro. La profesora los ignoró. Song no conocía ese nombre, pero el rango era impresionante. Un vicealmirante era un oficial de plana mayor —el menor de todos, en efecto— pero Iyengar aún era joven para ese grado. Debe haberse destacado notablemente, y casi con certeza era graduada de la Academia.

El tío Zhuge le había contado que los oficiales descansan en que los ascensos se dan siempre que pueden, formando un lazo invisible de camaradería que atraviesa tanto la Guarnición como las compañías libres.

“Mis tareas asignadas consistían en perseguir dioses rebeldes y rastrear flotillas piratas hasta sus escondites,” explicó Iyengar. “Gracias a esa experiencia, he combatido en dos guerras y negociado seis tratados en nombre del Cónclave con las naciones de la Costa Rota —ya sean gobernadas por hombres o por hollows.”

Impresionada, pensó Song, aunque las ‘naciones’ de la Costa Rota no merecían una palabra tan grandilocuente. Esa franja de litoral al este de Sacromonte era un mosaico en constante cambio, formado por reinos menores y refugios de piratas, a menudo difusos en sus límites.

“En los primeros años de mi carrera, trabajé durante dos años en el equipo de nuestro embajador en Old Saraya, y me distinguí lo bastante como para ser recomendada a la Academia y graduarme con honores,” relató Iyengar.

Increíblemente, la profesora se enderezó aún más y cruzó las manos tras la espalda.

“Si alguno de ustedes considera que estas cualificaciones son insuficientes, que lo diga ahora,” instó.

Silencio absoluto fue la respuesta. Sin humor, la profesora asintió con la cabeza.

“Entonces, empezaremos,” anunció Iyengar. “Me han informado que hoy no será una clase completa, sino solo una introducción al tema, y aunque me parece innecesario, la decisión no corresponde a mí.”

Se acercó nuevamente al pizarrón, con la tiza todavía en la mano.

“Entonces, les plantearé una sencilla cuestión. Cualquiera que desee responder puede levantar la mano, y al ser llamado, deberá dar su nombre y unidad antes de extenderse en la respuesta.”

Song arqueó una ceja. Eso olía a trampa.

“¿Para qué sirve la Guardia?” preguntó Iyengar.

Hubo algunas risitas, pero la Tianxi no se dejó arrastrar. Las cuestiones simples suelen ser las más difíciles de responder, pues exigen definir las bases de los conceptos que sustentan cualquier otra forma de comprensión. Por fortuna, en esta ocasión, Song tenía una ventaja.

Ella evitó levantar la mano, consciente de que responder inmediatamente con la respuesta correcta iría en contra del propósito del instructor y, además, la posicionaría como la niña mimada del maestro. En lugar de ello, mientras una docena de manos se alzaban, se reclinó en su asiento y comenzó a contar discretamente los contratos. La distracción le sirvió para mantener su curiosidad oculta.

El profesor llamó a un chico de piel oscura que se encontraba delante.

“Kasigo Njezi, la Vigésimo Tercera Brigada”, dijo con suavidad, luego aclaró su garganta. “El propósito de la Guardia es doble. Proteger a Vesper de la vieja noche, la amenaza exterior, y de los dones sin control de los espíritus, la amenaza interna.”

Tenía el ritmo de unas palabras que parecían recitadas, lo cual su profesor pronto confirmó.

“Esa es exactamente la respuesta que a la Conclave le gusta que dé mi pregunta”, reconoció el profesor Iyengar. “Es la respuesta que se espera que des allí afuera, así que memorízadla bien.”

Ella dirigió una mirada severa hacia ellos.

“También es incorrecta.”

El chico de piel oscura mordió su labio, disgustado. Song prestó algo de atención a aquel intercambio, pero principalmente continuó contando. Estaba casi en la mitad. Habría sido más rápido, pero se detuvo para asegurarse de no estar equivocada y de que alguien realmente había pactado con un dios llamado el Tirador de Cola.

“En cualquier momento, aproximadamente seis décimas de la Guardia están al servicio de naciones grandes y pequeñas”, les informó el profesor. “Han pasado siglos desde que más vigilantes que no, dedicaran sus días a dioses antiguos y contratos prohibidos.”

Se detuvo un momento.

“Conociendo esto, ¿pueden aún mantener la afirmación de que nuestro mandato verdadero es lo que ustedes describieron?”

Kasigo Njezi no respondió, lo que ya era suficiente respuesta.

“Intentad de nuevo”, indicó el profesor Iyengar.

Song no levantó la mano y, en cambio, terminó la última fila y su conteo con ella. Había noventa y ocho estudiantes en el salón de clases y, de estos, veintisiete tenían contratos. Aproximadamente una cuarta parte, que coincidía con la proporción que había marcado en las calles de Port Allazei. Entre los estudiantes, en cualquier caso. La guarnición local se mantenía más fiel a las realidades

de Vesper más allá de esta isla, en la que apenas algunos estaban contratados.

Con tres de sus cuatro integrantes, la Guardia del Decimotercer Grupo tenía un porcentaje superior a la media en cuanto a personas dotadas por los dioses, pero no era la más numerosa en ese aspecto. Song había seleccionado un grupo de seis cuyo cada miembro tenía un contrato, una brigada con la que anhelaría constantemente evitar enfrentamientos. Incluso el contrato menos peligroso podía ser riesgoso en manos inteligentes.

Llamaron a otra estudiante, una mujer de pelo oscuro y largo, que se encontraba en el otro extremo del aula.

“Cressida Barboza, la Nineteenth Brigade”, dijo.

Los ojos de Song se fruncieron. Abrascal le había informado que Bait, el espía que Tupoc había tenido en su confianza, había sido incorporado a la compañía por una ‘Lady Cressida’ de la Brigada Nineteen. La chica dura, de rostro cortante y apariencia de hacha, que ella observaba, debía ser esa misma. Por la forma en que Abrascal se inclinaba más sobre la mesa, ella también había captado la señal.

“Sin contrato”, susurró Song, lo suficientemente fuerte para que él la escuchara.

Él exhaló un suspiro de alivio y asintió en agradecimiento.

“La Guardia”, dijo Cressida Barboza, “son cazadores de ratas.”

Aquello hizo que la mitad de la clase comenzara a murmurar hasta que el profesor los silenció con una expresión severa.

“Continúen”, ordenó.

“Estamos destinados a eliminar el número de huecos y lemures antes de que puedan volverse una amenaza”, explicó Cressida. “Cuando no lo hacemos, los reinos caen.”

El profesor observó a la joven por un momento.

—¿Eres lusitana?, finalmente preguntó.

—Sí —replicó Cressida con amargura—.

—No te equivocas —le dijo el profesor Iyengar—. Impedir que cultos y lemures crezcan lo suficiente para convertirse en un peligro es la razón principal por la que existen las compañías libres de la Guardia.

Luego dio un paso atrás, con las manos tras la espalda una vez más.

—Las compañías libres, sin embargo, no representan toda nuestra orden. Si toda nuestra misión es la eliminación, Cressida, ¿por qué existe la Guarnición? —preguntó el profesor Iyengar.

Cressida frunció el ceño.

—Para que varias compañías libres puedan actuar juntas cuando las amenazas son demasiado grandes para una sola —dijo.

El profesor negó con la cabeza.

—Si eso fuera cierto, la Guardia sería una alianza dispersa de bandas de mercenarios —dijo Iyengar—. Sin embargo, la Guarnición representa entre la mitad y un tercio de la Guardia, dependiendo de la tendencia de la década.

El profesor Iyengar volvió a dirigirse a toda la sala.

—Existen razones prácticas para la existencia de nuestra orden más allá de la necesidad de manos que derramen sangre para mantener en funcionamiento los engranajes de la civilización.

La lugareña de Lienganen pareció no estar convencida, pero asintió con la cabeza en señal de concesión. Con un gesto, la profesora volvió a abrir la ronda de preguntas para la clase. Esta vez levantó la mano Song, pero fue un joven izcalli al fondo quien fue elegido. Tuvo que alzar la voz para ser escuchado, aunque no mucho. La acústica del salón era impresionante.

—Patli Cuateco, Brigada Treinta y Seis —anunció con acento antigüense—. El propósito de la Guardia es preservar el conocimiento del asesinato divino, asegurándose de que siempre esté preparado una fuerza capaz de destruir al dios antiguo.

—Más cerca —elogió la profesora Iyengar—. Tienes razón en que la Guardia existe por las limitaciones de las naciones, que deben asignar sus recursos limitados a fines distintos a nuestro trabajo, pero lo que hay bajo nuestros mantos negros no es tan único. Cada gran potencia de Vespero entrena y despliega soldados para hacer lo mismo que hace la Guardia.

Se escucharon algunos susurros incrédulos. La profesora levantó una ceja.

—La Sociedad del Cocodrilo de Izcalli —enumeró—. La Casa del Lado Izquierdo de Malan, las órdenes de Savituri de Someshwar y el interminable conjunto de sectas caballerizas de Tianxia. Todas enseñan cómo cazar cultos y dioses, sustentadas en las arcas de los gobernantes en mayor o menor medida. No se equivoquen: la Guardia es la mejor en su oficio en Vespero, pero no tiene monopolio.

Song frunció el ceño. Era cierto que las sectas wuxia enviaban a sus discípulos al campo para adquirir experiencia matando males y protegiendo a los inocentes, lo cual a menudo implicaba enfrentarse a cultos perversos y sus dioses patronos. También era cierto que las repúblicas individuales mantenían estrechas relaciones con las grandes sectas de sus tierras, relaciones que incluían financiamiento y permisos.

Nunca había considerado juntos esos dos hechos, ni que las tradiciones sectarias pudieran tener un propósito más allá del declarado. Una perspectiva externa podría ayudar a abrir la mente a la verdad, se recordó a sí misma. Esta vez, cuando la profesora volvió a plantear la pregunta a la

clase, solo unos pocos levantaron la mano. Song fue una de ellas y, para su deleite, fue llamada en ese momento.

—Song Ren, Brigada Trece —dijo—. La Guardia existe para hacer cumplir los Acuerdos de Iscariote.

Docenas de miradas quedaron fijas en ella, esperando alguna adición o explicación, pero Song simplemente se reclinó en su asiento. No era necesario decir más. Para su sorpresa, la profesora Iyengar soltó una carcajada, un sonido más parecido a un disparo que a algo lleno de alegría.

“Eso es verdad en hechos,” dijo el profesor.

Song se enderezó con orgullo.

“Y también es lo más cercano a la precisión que he escuchado hoy.”

Su rostro se cerró. ¿Cercano??? La verdad era simple y clara, así se le había dicho. Los ojos del profesor Iyengar se deslizaron por ella mientras se volvía para dirigirse al auditorio en general.

“Si la respuesta anterior de Kagiso era la línea favorita del Cónclave, entonces la de Song acaba de darme la del Colegio. Es, palabra por palabra, lo que allí enseñan a los oficiales.”

Como debía ser, proveniente directamente de la boca del Tío Zhuge. ¿No era también el profesor Iyengar un Stripe? La mujer alta encogió los hombros.

“Ustedes son todos, sin duda, estudiantes de la Scholomance,” dijo el profesor Iyengar. “Su perspectiva no puede ser tan estrecha, y la respuesta de Song es justamente eso.”

El rostro de Tianxi se tensó al volver ella el rostro hacia ella.

“Dímelo con honestidad, Song Ren,” dijo. “Si mañana el Rey Saltamontes se negara a dejarnos aplicar los Acuerdos de Iscariot en sus tierras, ¿tendría la Guardia la capacidad de actuar en contra de su voluntad?”

El rostro de Song se volvió rígido mientras negaba con la cabeza. El rey de Izcalli poseía un gran ejército —el mayor en Vespero, si los Someshwar no lograran unirse— y un territorio próspero bajo su mando. La Guardia no podía esperar vencerle ni con acero ni con oro.

“No,” logró decir con dificultad.

“No,” ratificó el profesor Iyengar. “La Crisis de Lunkulu, en el Siglo del Acuerdo, evidenció claramente nuestras limitaciones. Cuando la perspectiva de enfrentarnos a una guerra contra el Reino de Malan se volvió una posibilidad real, la Guardia se vio obligada a negociar, aunque tuviera razón.”

Song conocía solo aquellos hechos básicos de aquel incidente, que nunca desembocó en combate y que pocas veces recibía una mención más allá en los relatos históricos. Recuerda que las purgas de la Reina Suprema de Malan contra los dioses del país habían comenzado las tensiones, además

de que ella prohibió los contratos de previsión en su reino. Ordenar tal cosa era prerrogativa exclusiva de la Guardia, según los Acuerdos de Iscariot. Song recordó que, cuando fueron amenazados con sanciones, la Reina Perpetua también amenazó con convertir varias compañías libres en sus eternas aliadas y crear su propia Guardia rival.

“No se equivoquen,” dijo el profesor. “Tradicionalmente, la Guardia se considera una de las grandes potencias de Vespero, en ocasiones incluso una nación sucesora por derecho propio, pero en realidad sería muy difícil para ella ganar una guerra contra cualquiera de ellas. No podemos imponer nuestra voluntad por la fuerza a potencias equivalentes, y a menudo ni siquiera a las menores.”

La Someshwari recorrió la clase con la mirada.

“Entonces, ¿para qué sirve la Guardia?” preguntó una vez más.

Esta vez, nadie levantó la mano. La valentía de los presentes, incluida la de Song, se había agotado.

“La respuesta sencilla a una verdad compleja,” afirmó el profesor Iyengar, “es que existimos para ser neutrales.”

Retrocedió de las mesas hacia su pizarra. Allí, después de borrar la palabra Mandato, dibujó un esbozo rápido y definido que Song y cualquier otro Tianxi en la sala reconocieron sin dificultad. Era el Tianxia del norte, más o menos. Dos repúblicas, montañas y más allá de los pasos, los lobos del este y del oeste: Someshwar e Izcalli.

“Permítanme usar como ejemplo una de las guerras recientes a gran escala en Vespero,” continuó Iyengar. “Les hablaré ahora de la invasión de Caishen por parte del raja de Kuril, conocido para algunos como la Danza Kuril y para otros como la Larga Quema.”

Una danza para los Someshwari, quienes en sus palacios lejanos lo veían todo como un juego. La Larga Quema para el pueblo de Song, que había visto durante más de una década y media cómo los campos y arrozales preciosos de Caishen se convertían en un cementerio cubierto de ceniza. Iyengar trazó dos líneas, una desde el raj de Kuril hacia el norte de Caishen y otra desde los territorios orientales de Izcalli, hacia la misma república en su flanco izquierdo.

Dos simples trazos con tiza para representar una invasión estancada por los Kuril, seguida por una horda de señores de los girasoles Izcalli cargando para saquear, esclavizar y prenderles fuego.

“Durante el transcurso de la guerra, el principal escenario de batalla resultó ser la mitad norte del territorio de la República de Caishen,” dijo el profesor, rodeando la región con su dedo. “¿Alguien aquí puede decirme por qué?”

Una veintena de manos se alzó. Song no había volteado para ver quién era elegido para responder, por lo que le sorprendió escuchar la voz.

“Capitán Tupoc Xical, Cuarta Brigada.”

Ella resistió la tentación de girar y mirarlo.

“Las fuerzas de Izcalli intentaron avanzar hacia las regiones centrales de Caishen, pero nunca lograron romper la línea defensiva en Hanshan, obligando a la ofensiva a seguir luchando en las llanuras del norte.”

Xical habló con sencillez, sin burla ni mentira, pero la descripción simple aún hacía que Song apretara la mandíbula.

Los lirios de Hanshan florecen solo en rojo

Mentiras que no traen sino sepultar

Sueño con lamentos de pólvora

y sangre como rocío fresco

Se dice que al recitar el famoso poema de Shaoqing Mao en una sala de té de Caishen, al menos un anciano sollozaba. Más soldados murieron al asaltar y defender las laderas de la fortaleza de Hanshan que tierra suficiente para enterrarlos, y las historias aseguraron que había tantos cadáveres en el río que los Izcalli los usaron como paso.

“Correcto. Eso llevó a una situación en la que tres estados, con amplios recursos y hombres, disputaban la misma región, resultando en que las llanuras del norte cambiaran de manos con tanta frecuencia entre los beligerantes que prácticamente se convirtieron en un territorio sin ley durante más de una década,” dijo el profesor Iyengar, con tono neutral.

Eres Vigía, recordó Song. La Vigía no toma partido.

“Las cadenas montañosas entre Caishen y Kuril están llenas de tribus huecas,” continuó el profesor, “por lo que el caos inevitablemente llevó a la empoderación de cultos, incluso cuando los dioses locales comenzaban a volverse descontrolados.”

Los dioses menores eran frágiles, sabía Song, aún no completamente establecidos en su naturaleza. Podían enloquecer por ver cómo destruían sus santuarios o mataban a sus seguidores, incluso a veces simplemente por aceptar la muerte con demasiada facilidad. La locura que les seguía—la llamada rampancia por la Vigía—los volvía violentos contra los vivos.

“Ahora,” dijo el profesor Iyengar, “las incursiones y la rampancia creciente de los cultos no beneficiaron a ninguno de los beligerantes. Sin embargo, suprimir estas actividades habría requerido un fuerte destacamento o suspender la ofensiva hasta consolidar sus territorios.”

La profesora cruzó los brazos tras la espalda.

“¿Cuál habría sido la respuesta racional en esta situación?”

Nuevamente, varias manos se levantaron y llamó a una cara conocida.

“Muchen He, Cuadragésima Novena Brigada,” dijo quizás-Skiritai. “Deberían haber negociado una tregua y eliminado sus territorios ocupados de cultos y dioses rampantes.”

Su contrato era Cathayano, pero sumamente anticuado. A Song le dio ganas de anotar esa respuesta para leerla con calma después, pero sería demasiado evidente, y Tupoc estaría observando desde detrás de ella.

“Sí,” aprobó el profesor Iyengar. “Esa habría sido la decisión correcta. Lo que sucedió en cambio fue que, cada vez que intentaban adoptar una postura defensiva, la otra parte respondía de inmediato con castigos.”

La Someshwari frunció el ceño con disgusto.

“Hay incluso informes de cultos armados para socavar a la oposición.”

No le sorprendió escuchar eso. Los vecinos de Tianxia hace mucho tiempo habían aprendido a aprovechar las tensiones entre las Repúblicas, y extender esas políticas a cultos huecos era simplemente la extensión natural de esa práctica.

“La misma idea de tregua o incluso de simple consolidación se volvió tóxica al mencionarla,” les explicó la profesora Iyengar, “lo que nos lleva al incidente que volcó la vasija: tropas Kuriles bombardearon un antiguo templo, liberando a un dios de la Noche Antigua que allí había sido unido por el Segundo Imperio.”

Ella marcaba la pizarra con tiza, aunque a simple vista de Song pareciera estar en la región equivocada. Sabía que le habían dicho que estaba más cerca de las fronteras occidentales.

“El Serpiente de la Neblina fue sellada junto con un nutrido regimiento de sus más finos sirvientes ligados, quienes rápidamente abrumaron a las tropas presentes, mostrando la razón por la que Liergan decidió sellarla: su capacidad para apoderarse de los muertos indignos y convertirlo en sus esclavos.”

Song casi podía sentir cómo el salón estremecía.

“La situación se tornó catastrófica en cuestión de semanas,” continuó la profesora Iyengar. “Y sin embargo, ningún bando se retiró, puesto que tal derrota significaría enfrentarse a graves consecuencias en su propio país.”

Song no conocía bien los círculos gobernantes de Caishen, pero sospechaba que un general que cediera silenciosamente la mitad de los territorios de la república al enemigo acabaría siendo ejecutado públicamente tras un rápido juicio formal. Tianxia no había perdido territorios relevantes desde el fin de las Guerras Cathayanas, y sugerir lo contrario sería... mal recibido.

“Los tres poderes querían acabar con la guerra,” afirmó la profesora, “pero ninguno podía permitirse declararla oficialmente.”

Dejó caer la tiza sobre su escritorio.

“¿Y qué ocurrió después?”

Las manos se alzaron por toda la sala. Song no prestó atención a quien fue llamado, aunque su nombre sonaba a Someshwari.

“La Guardia intervino, invocó los Acuerdos Iscariote y obligó a que se instaurara una tregua en Caishen, hasta que el Serpiente de la Neblina fuera aniquilado y sus sirvientes liberados para el Círculo.”

La profesora Iyengar asintió con expresión satisfecha.

“Exactamente,” afirmó. “Y esto me lleva a mi argumento.”

Los observó a todos con atención.

“La Guardia pudo haber forzado fácilmente a los señores fronterizos de Izcalli, a la milicia de Caishen o al raja de Kurin a retirarse de la región si así lo hubiesen deseado —mucho menos a los tres frentes al mismo tiempo. Pero, en realidad, se retiraron en cuanto fueron llamados, porque ya tenían la intención de hacerlo.”

Y así, la Guardia había sido solo un pretexto, insinuaba la profesora.

“La posición de la Guardia, como una fuerza neutral e imparcial, permitió a los beligerantes retirarse sin perder prestigio, cada uno alegando en su hogar que habrían triunfado si la guerra hubiera continuado,” continuó Iyengar. “En esa medida, nosotros fuimos simplemente una excusa para que ellos actuaran en la forma que ya deseaban.”

La profesora sonrió con una mueca burlona, acentuada por la inclinación de sus labios.

“Casi puedo escuchar sus dudas,” dijo. “¿Cómo es que se convencen de que somos algo más que una excusa, sin duda, que todos esos barcos, cañones y fortalezas tienen un significado mayor? Así que los invito a considerar algunos hechos.”

Su expresión se tornó seria.

“El Baile de Kuril fue la guerra más sangrienta de los últimos cincuenta años entre las grandes potencias,” afirmó Iyengar. “Duró dos décadas y sepultó en cientos de miles de tumbas.”

Y en ellas, pensó Song, demasiado pocas pertenecían a soldados.

“Ahora, reflexionen sobre esto: más soldados murieron en las primeras dos semanas de las Guerras de Sucesión que en todo el período del Baile de Kuril,” continuó la profesora. “Y la cantidad de vidas perdidas en esas dos semanas supera con mucho la suma de las de la guerra completa.”

El silencio que siguió fue ensordecedor.

“Las tierras que Gloam arrebató durante la caída del Segundo Imperio equivalen a un número de almas aproximadamente igual a la población actual de Izcalli más el Reino Someshwar,” añadió la profesora. “Niños, la Guardia existe porque, cuando las grandes potencias emergieron del rojo humo de la guerra, vieron que el mundo que los rodeaba se había reducido.”

Una palabra tan inocente para un significado tan duro. Menor. Reducido. Las Guerras de Sucesión habían hecho que el mundo fuera menos —permanentemente así—.

“Ellos vieron que el mundo necesitaba cazadores de ratas,” dijo el profesor Iyengar. “Que hacía falta manos armadas para erradicar cultos y cazar lemures que no se detendrían por fronteras. Vieron que Vesper necesitaba matadores de dioses que no fueran enviados a morir en batallas insignificantes, científicos que debían poder descubrir verdades incómodas para los reyes.”

La mujer alta dejó que aquello calara en el silencio, luego rompió el mutismo.

“El reconocimiento de esa necesidad se llama los Acuerdos de Iscariote,” dijo.

Song pensó que se estaba entusiasmando con su tema, y no estaba solo en eso. Escuchó a alguien moverse detrás de él y se estremeció al ver a Tupoc apoyado, con una mirada ardiente y apasionada.

“Es apropiado que nos llamen capas negras,” afirmó la profesora Iyengar, “porque la capa es lo más importante que portamos. No signos, ni espadas, ni barcos, ni armas de fuego o secretos incendiarios —pocos de estos son exclusivos de nosotros, y con el tiempo ninguno lo será. La Vigilia existe porque las grandes potencias reconocieron que no pueden confiar en que hagan cumplir los Acuerdos por sí mismas ni entre sí, y sin embargo, los Acuerdos deben ser respetados.”

La profesora se mantuvo erguida, con la postura firme, pero sus ojos oscuros brillaban intensamente.

“Solo nosotros llevamos capa negra, de todos los hombres y mujeres, porque eso nos distingue,” añadió. “Porque para eso está la Vigilia: para mantenerse apartada, para ser neutral.”

La profesora les hizo un gesto a todos.

“Tras años de llevar la capa negra,” dijo, “tomaréis partido. Es algo natural e inevitable —el portar la capa rompe los lazos de raíces y sangre. Pero si aprendes algo en este lugar, que sea esto.”

Su mirada era de hierro mientras los enfrentaba.

“Hay una línea,” afirmó Kavita Iyengar. “Un vigía puede tomar partido, pero nunca la Vigilia. Es el único veneno que nuestra orden no puede sobrevivir.”

Sus labios formaron una sonrisa amarga.

“Nunca lo olvides,” advirtió la profesora, “de lo contrario, lo último que escucharás será el disparo de una Máscara.”

Así terminó la primera lección que Song Ren recibió en la Scholomance.

—

Tras aquel final impactante, la clase quedó en silencio.

La profesora Iyengar ordenó que regresaran la próxima semana con tinta y papel suficiente para tomar notas, ya que en detalle se explicaría la organización de la Vigilia y esas cuestiones serían puestas a prueba en una futura evaluación. Song vigiló al Cuarenta y Nueve, pero no detectó amenaza alguna: salieron por la puerta en unos instantes, casi huyendo.

Había esperado tratar con al menos el Cuarto, pero la lección había dejado a Tupoc con una energía casi maníaca, una que parecía disfrazar por una vez en su vida, sin ánimos de dirigirla a otros. Animó a su cábala a prepararse para sus clases vespertinas, entregando a Song un recordatorio desagradable de que el Izcalli era una recomendación más de Stripes y que, por tanto, la vería más adelante.

Qué encantador.

Con muchos estudiantes saliendo, las puertas se congestionaron, y la Decimotercera decidió quedarse. No parecía raro discutir la lección, y Song notó que no era la única en discrepar en algunos aspectos de lo que les habían enseñado.

“Es una perspectiva de un oficial de alto rango,” argumentó Song. “Alguien que observa desde arriba —y solo desde allí.”

Abrascal asintió con aprobación.

“Mirar hacia abajo implica ponerse tantas vendas como mirar hacia arriba,” estuvo de acuerdo. “Cabe aclarar que esa pequeña advertencia sobre las Máscaras parece cierta. Me insinuaron que la Krypteia tiene la responsabilidad de lidiar con la traición interna en sus filas.”

Angharad se puso rígida. Song pensó con cariño que probablemente estaba molesta ante la idea de que hubiera alguna traición a los juramentos que todos habían hecho. La noblewoman era, en esos aspectos, enormemente confiable.

“Me resulta sencillo creer que la posición del Vigilante como intermediario entre los estados sea de suma importancia,” afirmó la mujer de piel oscura, cambiando de tema con fuerza. “Eso explica por qué nunca he oído hablar de los mantos negros en las colonias, a pesar de los espíritus brutales que habitan esas tierras.”

Se dijo de manera distraída, casi sin prestar atención, y Song supo que no se pretendía ofender. Aunque eso no garantizaba que no se hubiera herido, pues la expresión en el rostro de Maryam era tal que haría que el invierno retrocediera de frío.

“Resulta que fui reclutada por un oficial del Vigilante en las colonias, Tredegar,” replicó Maryam con enojo. “Y en cuanto a la brutalidad, la única que vi en acción fue la de los Malani.”

Para su honor, la noblewoman pronto mostró un arrepentimiento sincero y profundo.

“No quise ofender,” afirmó Angharad.

Sin embargo, eso fue un grave error.

“Entonces deja de hacerlo, maldito imbécil,” replicó con dureza la izvorica. “Mi paciencia tiene límites.”

Angharad tragó con dificultad una respuesta, probablemente una que explicara cómo su paciencia se había ido agotando por los constantes ataques de Maryam. Era mejor así, porque aunque la señaladora de ojos azules rara vez perdía oportunidad de lanzar veneno, esa veneno parecía hervir en su interior debido a los pequeños agravios constantes de la noblewoman. ¿Habría sido su relación más cordial si Angharad hubiera navegado con mayor destreza esas aguas? Al menos en apariencia, Song pensaba que sí.

Maryam fue cortés con Zenzele Duma, quien era tan noble como Angharad y claramente más Malani. Sin duda, parte de eso provenía del hecho de no tener que soportar su presencia continuamente, aunque la evitación de temas relacionados con las colonias y la esclavitud no podía perjudicar.

“No hace falta insultar,” dijo Angharad con la mandíbula apretada.

“Eso es lo que repito todo el tiempo,” afirmó Maryam. “Pero aquí estamos, ¿verdad?”

Ella se echó hacia atrás, empujando con fuerza, y Angharad se apartó para dejarla pasar. Gracias a los dioses por eso, pensó Song. Considerando sus tamaños y fuerzas, si Maryam hubiera empujado contra la Pereduri, seguramente habría rebotado en lugar de apartarla de su camino. Angharad dirigió la mirada hacia ellas, casi suplicante.

“Mal hecho,” dijo simplemente Abrascal, tomando su bolsa.

El ladrón intercambió una mirada con ella y siguió tras Maryam. Bien, ninguno de ellos debería recorrer Scholomance solo. Song se volvió hacia Angharad con un suspiro, que hizo que la mandíbula de la noblewoman se estremeciera por una contención de dolor. Esta situación era responsabilidad suya, decidió la Tianxi, por no haber abordado el asunto con Angharad todavía. Dado lo apretada que había sido su agenda y la aparente calma que creía estar viendo en Song, pensó... no, una excusa. No había dedicado tiempo porque confiaba en tener la situación bajo control.

Eso debía reconocerse.

“Camina conmigo,” ordenó Song.

La mayoría del auditorio había desaparecido ya, apresurándose por la puerta, por lo que regresaron lentamente a los pasillos gris pálido y al sendero de estacas. Song se abstuvo de iniciar la conversación hasta estar bien fuera de Scholomance, de regreso en los vastos terrenos de

pedra. No fue difícil encontrar un banco escondido cerca de un bronce desvaído, invitando a la noblewoman a sentarse mientras ella permanecía de pie.

«Abrascal no estuvo equivocado», dijo el capitán. «Eso fue una conducta imprudente de tu parte.»

Los labios de Angharad se fruncieron en una mueca.

«Como ya dije, no quise ofender.»

«Esa es una afirmación ingenua, considerando lo que has dicho», replicó ella.

La noblewoman abrió la boca para hablar, pero fue interrumpida por la mano levantada de su capitán.

«Con tus palabras, insinuaste que la tierra de su nacimiento no tenía estados», dijo Song. «Luego los calificaste de salvajes.»

«Sus espíritus», insistió Angharad. «Dije que sus espíritus son salvajes, no ellos. Y eso es cierto, Song. Las historias que escucho son escalofriantes. Espíritus que ahogan a todos los que se acercan a su costa, serpientes de fuego cuyos susurros llevan a los hombres a quitarse la vida y-»

Song se inclinó.

«¿Estás segura, Angharad Tredegar, de que deseas discutir tratos con dioses salvajes?» preguntó suavemente. «¿Con el contrato que tienes?»

La confianza creciente de la otra mujer se deshizo. Había sido una ilusión desde el principio.

«Nunca has estado en las tierras de Triglau — Izvorica —» le recordó Song. «Tus verdades son todas prestadas, y provenientes de hombres y mujeres que han hecho una fortuna aplastando a los parientes de Maryam en cadenas.»

Hesitó un momento, pues era un asunto delicado.

«No sé si la Casa Tredegar alguna vez comerció con esclavos-»

«No», afirmó firmemente Angharad, mordiendo su labio. «Pero enviamos grilletes de hierro y pescado salado a Port Cadwyn, destinado a las naves de esclavos.»

El Pereduri frunció el ceño.

«Sé que la esclavitud es indecorosa, Song», dijo ella. «Pero los izvoricas lo hacen entre ellos mismos. La mayoría de los esclavos que se venden en las colonias del norte son vendidos por las propias tribus. Sin embargo, pareciera que Malani es la encarnación de todos los males por participar en un comercio que casi todas las naciones de Vesper practican.»

Nadie lo hace como Malani, pensó Angharad. Podría haber argumentado, exponer todo. Cómo las prácticas de esclavitud de Malan eran sin precedentes: vaciar pueblos, encerrar tribus enteras en hierro y enviarlas a las tierras occidentales para que trabajaran hasta la muerte, y sus hijos tras ellos. Cómo incluso Izcalli otorgaba derechos a sus siervos, pero los Malani protegían a sus esclavos sin leyes, porque ¿para qué serían necesarias, si la honra de su amo era la máxima garantía?

Pero eso sería perderse en los detalles, en los pormenores del argumento. Así que, en cambio, expresó otra verdad.

«Soy hija de Tianxia, Angharad Tredegar», dijo Song Ren. «¿Crees que en mí hallarás compasión hacia tal maldad? Olvidas quién soy: todos son libres bajo el Cielo.»

La miró a los ojos oscuros, sin pestañear, mientras pronunciaba las palabras del Tian Feichu.

«Si los dioses niegan esto, sepálenlos en las profundidades del río. Si los reyes lo niegan, cortenlos en cuatro partes.»

Su rostro, de tono marrón plateado, permaneció impasible.

«Si los esclavistas niegan esto, cuélguenlos con cadenas de hierro.»

El silencio se hizo en medio de la tensión. Angharad apartó la vista primero y Song exhaló el aliento que había estado conteniendo.

«Has hablado sin cuidado con Maryam y ya lo hiciste antes», dijo ella. «No es la única que encuentra esto reprobable — no te favorece ni a mí ni a Abrascal.»

«¿Entonces debo mentir?» dijo Angharad con amargura. «Alabar a su pueblo con palabras vacías, pretender que no son tribus conflictivas escondidas en las colinas al fin del mundo?»

«Si no puedes demostrar cuidado por tus propias palabras», replicó Song con firmeza, «entonces el silencio será suficiente. Es nada menos que lo que ella te pide.»

La otra mujer se estremeció. Dos golpes en dos frases distintas. Song sabía que había empleado mucho la vara ese día, por lo que debía ajustar su enfoque para que no recordaran esto solo como una repetición de amenazas.

“Supongo que hay destacamentos allá afuera que no requerirán esto de ti,” comentó la Tianxi. “Si deseas expresar esas palabras y opiniones sin que sean cuestionadas, puedo acercarme a otro capitán para hacer un intercambio en tu favor.”

Hizo una pausa y se encogió de hombros.

“Eres habilidosa y tienes buena reputación, no será difícil encontrar alguien dispuesto,” añadió.

Los pelos de Angharad se alzaron como los de un gato enojado. No sería la inclinación natural de la noble dejarse ir, pensó Song, pero ahora que se había presentado como un fracaso en hacerlo, esa perspectiva debería ser enterrada definitivamente.

“Soy capaz de comportarme con educación,” replicó Angharad con firmeza.

Vinagre primero, ahora miel.

“Eso me alivia,” admitió Song con cierta resignación. “Gran parte de Abrascal me resulta desagradable, por lo que las tensiones entre tú y Maryam me preocupan. No quisiera que nuestra cábala se divida desde adentro.”

El Pereduri no tardó en cambiar de tema, enfocándose en una debilidad de Song tras el intercambio anterior. Además, ahora mantener la paz con Maryam ya no era solo que la noblewoman tragase sus palabras; era un favor que le hacía a Song, el cual Angharad encontraría mucho más aceptable. Ella estaba dispuesta a tolerar mucho más por el bienestar de otros que por el propio.

“Lo había notado,” dijo Angharad. “Aunque no puedo confiar plenamente en él, debo admitir que me ha parecido un compañero agradable. ¿Cuál es el problema?”

Es una granada con la mecha encendida, no pudo decir Song. Una cuya explosión final no logro predecir exactamente el momento.

“Es un hombre competente pero imprudente,” expresó en su lugar, eligiendo otra verdad, “cuyo comportamiento apenas puedo influir, pero por el cual debo y seguiré siendo responsable. Peor aún, no tiene intención de corregir esa conducta.”

‘Rata’ era una descripción acertada, pensó Song, pues él tomaba la autoridad igual que un animal. Se comportaba cuando había luz y atención, pero volvía a sus trucos y planes sin pestañear en cuanto ella ya no estuviera allí para mirarlo. La Tianxi no tenía ilusiones de controlar al ladrón: en el momento en que ella le pidiera algo que no quería hacer, se negaría. La autoridad de su rango de capitana no pesaba nada en la balanza de Abrascal.

“Tristán solo ha conocido malos señores.”

Song parpadeó, volviendo su atención a Angharad.

“No respeta la autoridad porque nunca ha conocido una autoridad digna de respeto,” dijo la noble. “Actúas como si lo que objetas eres tú, pero no es así – es la propia autoridad. La que ella esté en tus manos, creo que en gran medida no le importa.”

Eso... parecía razonable, reconoció en silencio Song. Y aunque como alumna de una guardabosques de alto rango debería haber sido enseñada mejor, su tutora era una Máscara. El tío Zhuge tenía opiniones sobre su pacto, siendo la más benigna ‘a veces, su existencia es un mal necesario’. Entonces, ¿cuál sería la solución? ¿Demostrar que es digna de ejercer la autoridad? No estaba segura de cómo lograrlo en un hombre de su origen. Tal vez cruzaría límites que no

deseaba traspasar.

«Pensaré en ello», dijo Song. «Gracias».

Angharad suspiró, desviando la mirada.

«Y también reflexionaré sobre lo que me has dicho», respondió. «No permitiré que me convierta en instrumento de discordia».

Era un comienzo, pensó Song, pero las palabras solo los llevarían hasta cierto punto. Que Angharad controlara su lengua y Maryam contuviera sus chispas sería un trabajo de semanas, de meses. Ella necesitaba un vínculo que uniera a la Decimotercera Brigada, y eso requeriría razones más prácticas para fortalecer su unión.

Un enemigo común sería un buen motivo, y justo en ese momento, el mundo había decidido proveer algunos para que Song Ren pudiera escoger entre ellos.